

## **LA UNIVERSIDAD, EL ESTADO Y EL DESARROLLO SOCIAL**

Jorge Ernesto Rodríguez

Facultad Experimental de Ciencias y Tecnología

Universidad de Carabobo, Valencia – Venezuela.

[jrodrigu@uc.edu.ve](mailto:jrodrigu@uc.edu.ve). Tel: 0241 8678243

### **INTRODUCCIÓN**

La Universidad venezolana no ha logrado colocarse en sintonía con los nuevos tiempos que avanzan. Independientemente del signo político predominante a lo interno de nuestras casas de estudio, hay una realidad avasallante en los planos político, económico y social, que no dependen exclusivamente del proyecto político vigente, y que exigen una redefinición del rol de las universidades en América Latina. Esta redefinición no implica forzosamente plegarse de forma incondicional al proyecto político de turno, sino más bien, comprender las causas reales de la emergencia de estos movimientos políticos para solidarizarse con las iniciativas de atención a dichas causas. Es comprender que estos movimientos emergentes son el resultado de un mar de fondo latinoamericano y que en esas olas o nos montamos o somos arrastrados por la fuerza de un verdadero tsunami social.

En el marco de una transición geopolítica mundial, donde algunas fuerzas tiran hacia la hegemonía y otras hacia la multipolarización, signadas ambas por una realidad globalizadora, en lo que a información y comunicación se refiere, que, claro está, platean nuevas formas de relacionarse en lo económico y en lo político, es impensable que las universidades hagan oídos sordos y pretendan conservar intactas su organización y su interacción con ese mundo que cambia frente a sus ojos. Si la universidad no cambia, el entorno la cambiará y ya sabemos que estos procesos de cambio movidos por fuerzas exógenas, suelen estar impregnados de desconocimiento del objeto a ser cambiado, así como de resentimientos que montados en la ola de la oportunidad, dejan caer todo su odio acumulado más para destruir que para revolucionar, resultando casi siempre en una suerte de tierra arrasada, espacio propicio para la corrupción y la picardía.

### **¿PUEDE LA UNIVERSIDAD CAMBIAR DESDE ADENTRO?**

La universidad es una institución conservadora por definición. Su misión de recolectar y ordenar el conocimiento para poder transmitirlo masificadamente, obliga un carácter reactivo a los cambios en un primer momento. Asimismo, la misión de ser el repositorio del conocimiento genera en el inconsciente colectivo, dentro y fuera de sus muros, una inevitable sensación de élite que termina

permeando las mentes más lúcidas y comprometidas. Finalmente, el difícil proceso que supone ingresar a la universidad en carácter de profesor de planta, así como las exigencias académicas que en el papel deben ser satisfechas, se convierte en un filtro que sesga con ferocidad la población potencial a ingresar y reproduce, en el que ingresa, la sensación de haber vencido en una carrera de obstáculos cuya recompensa debe ser la diferenciación respecto de sus pares.

La otra cara de la moneda, es que quien decide ejercer una profesión de docente universitario es movido por sentimientos más vocacionales que pragmáticos o lucrativos, y generalmente dicha motivación está acompañada de un honesto sentido altruista de servicio social. Al profesor-investigador lo mueve la intención de poner sus conocimientos al servicio de sus conciudadanos. Esta pulsión por servir a los otros, no es antagónica con la creencia de formar parte de una élite del conocimiento. Sin embargo, creerse tan diferente al resto, puede devenir en percepciones sociales un tanto distorsionadas, configurando programas de servicio más parecidos al asistencialismo que a la atención sistemática de los problemas reales de la comunidad y a la contribución con el desarrollo social y la democratización del conocimiento.

En tal sentido, la respuesta a la pregunta ¿Puede la Universidad cambiar desde adentro?, es si y no. No es fácil que los universitarios configuren por si mismos mecanismos de vinculación con su entorno en los términos deseados para garantizar una interacción vinculante y democratizadora del conocimiento. Pero al mismo tiempo, es relativamente sencillo lograr su incorporación honesta al trabajo en pro del desarrollo social gracias a su inclinación vocacional por ayudar al otro.

De acuerdo a este análisis debe ser el estado y no las universidades los delineadores de los fines estratégicos y de los mecanismos tácticos para lograr que todas sus instituciones, universidades incluidas, se vuelquen en la línea del desarrollo social en forma masiva y estructural. Pero, las universidades, más que cualquier otra institución, responderán positivamente al reto, en la medida en que el estado defina con claridad meridiana, no los objetivos finales, sino los mecanismos concretos para alcanzarlos.

#### LA POLÍTICA DE CONFRONTACIÓN DEL ESTADO

Suponer que la no concreción del vínculo de las universidades con su entorno es producto de una actitud deliberadamente contrarrevolucionaria, es desconocer la dinámica interna universitaria y sobreestimar el poder real de los grupos reaccionarios al cambio que hacen vida en su seno. Las universidades nacionales, por su estructura misma, tienden a comportarse como un sistema anárquico y entrópico muy difícil de controlar en forma vertical, pero que al mismo tiempo es incapaz de generar, salvo contadas excepciones, respuestas unitarias y contundentes frente al discurso circunstancial de sus autoridades. Esta condición paradójica es la que ha permitido mostrar a una universidad nacional unánimemente reaccionaria, a pesar de que en su seno coexisten múltiples grupos dispuestos a colaborar, con diferentes grados de compromiso, claro

está, en muchas de las iniciativas políticas y sociales que dominan actualmente el escenario nacional.

Los gerentes del estado para la educación superior se han equivocado a rajatabla al identificar en las Universidades Nacionales un enemigo del proceso político en marcha convencido y homogéneo, desaprovechando un espacio fácilmente abonable. Asimismo, se han equivocado más aún desatando una política de confrontación con estas instituciones, como si se tratara de un enemigo con un poder real, como una PDVSA o un partido político de derecha, cuando en realidad estas instituciones, independientemente del signo político mayoritario de sus integrantes, son fácilmente conquistables para muchas tareas en pro del desarrollo social, a través de políticas sencillas que hagan sentir a los miembros de esta comunidad que los objetivos políticos buscados son coincidentes con sus propios objetivos como universitarios, lo que no es difícil vista la vocación de servicio del personal y la relativa independencia con la que funcionan los grupos de trabajo en la universidad.

Se culpa a las universidades, por ejemplo, de haber mercantilizado la formación médica y apuntalar la concepción de la medicina curativa y la especialización, en desmedro de la medicina preventiva y la formación del médico general, enfoques estos más cónsonos con nuestra realidad socioeconómica. Sin embargo, ese mismo estado no repara en el hecho de que fue él, como el mayor empleador de médicos, quien borró de sus provisiones de cargos la figura del galeno integral a favor de los especialistas. Naturalmente, se produce una valoración social perversa en contra del médico integral, promovida desde el Estado, que poco a poco va permeando la escala de valores en la propia Universidad. Bastaría con que el estado invirtiera dicha relación en sus nóminas para que el médico integral recupere su justa valoración social y, con absoluta certeza, la universidad responderá favorablemente revalorizando en sus pensa esta orientación formativa. Este es solo un ejemplo de cómo la redefinición de políticas a nivel estatal, aparentemente ajenas al debate universitario, tienen un claro impacto en la reorientación de líneas formativas que deseamos en nuestras universidades, sin necesidad de establecer medidas intervencionistas que serían más bien contraproducentes.

En este orden de ideas, iniciativas como la promulgación de la Ley de Servicio Comunitario para el Estudiante de Educación Superior, son un ejemplo de mecanismos concretos que encontrarán coincidencias con los intereses de muchos universitarios quienes promoverán el necesario debate interno, logrando así un acercamiento entre los intereses legítimos de la universidad y los objetivos políticos del estado.

Planes de financiamiento de proyectos de investigación con líneas de acción estratégicamente definidas por el estado, privilegiando aquellas coincidentes con las urgencias nacionales y que además “obliguen” la asociación y constitución de redes en desmedro de la atomización, son

igualmente políticas acertadas para vincular a la Universidad con los objetivos políticos del estado sin necesidad de establecer un debate de confrontación ideológica, donde los interlocutores serán las autoridades y no las bases universitarias.

La implementación de esquemas de heterologación sobre la base de la productividad en investigación y extensión en áreas de orden estratégico y de alto impacto social, igualmente contribuirían a generar una revalorización del papel del universitario frente a su entorno social a lo interno de las universidades.

#### A MANERA DE CONCLUSIÓN

En conclusión, dada la organización tan horizontal de las universidades, donde la dinámica institucional promueve la atomización, generando múltiples grupos pequeños desconectados entre si e incluso enfrentados por cuotas de poder internas muchas veces irrisorias, pero que al mismo tiempo tienen gran capacidad de maniobra individual, basta con definir políticas que permitan el accionar independiente de los grupos proactivos, y que este accionar se revierta en beneficios materiales e institucionales para sus integrantes, para configurar un proceso de cambio progresivo a lo interno de las universidades que en poco tiempo tenderá a masificarse y obligarán, incluso a las autoridades más reaccionarias, a moderar su discurso y a variar su actitud de victimización y automarginación.

Las políticas destinadas a lograr la participación de los universitarios en el proyecto de país que se está construyendo, deben propender a la asociación de grupos, a la consolidación de redes, a la suma de esfuerzos e intereses y no caer en el juego fácil de la confrontación ideológica y del chantaje financiero a sus autoridades para forzar el cambio de signo político. Este cambio se irá dando en la medida en que más grupos de la base universitaria sientan converger sus intereses como universitarios con los intereses del estado, por encima del discurso sectario e ideologizante de los extremos, que por más fuerte que griten, no serán sino las delgadas puntas de una curva normal cuya verdadera representatividad reside en el grueso espacio de los no radicalizados.